

Invitación a una antropología de la soledad

Fay Bound Alberti (2022). *Una biografía de la soledad*. Madrid: Alianza editorial.

En los últimos años el interés acerca de la soledad no deseada ha experimentado un crecimiento extraordinario, que se ha acentuado como consecuencia de las medidas de distanciamiento físico y social con las que se ha tratado de hacer frente a la COVID-19. En este marco, han aparecido en el mercado editorial en castellano toda una serie de publicaciones cuyo tema central gira en torno a este fenómeno. Estos textos, como pueden ser los de Murthy (2021) o Hertz (2021), centrados en el comentario general, reproducen de fondo el tono de la actual discusión en el contexto anglosajón, que se sitúa, eminentemente, en los parámetros de las teorías, o bien, evolutivo-genéticas de corte naturalista, por usar el término de Le Breton (1999), o bien, cognitivistas y de carácter profundamente psicologista. Si bien es cierto que en ambas obras el factor social no desaparece, este no es, sin embargo, más que un elemento periférico y poco específico, rodeado de generalidades y lugares comunes y prejuicios, que dificulta enormemente la comprensión sociocultural del fenómeno de la soledad no deseada. Por el contrario, en esta vorágine editorial, surgen ciertos títulos que sí nos pueden permitir experimentar con las condiciones de posibilidad de una antropología de la soledad con una mirada propia y particular. Es el caso, por ejemplo, del texto editado por Moscoso y Ausín (2021) o del título de Bound Alberti al que se dedica esta reseña.

Bound Alberti es una historiadora cultural de las emociones que en este trabajo sobre soledad desarrolla, implícitamente, un rico diálogo con una tradición antropológica centrada en las emociones que pasa, entre otros, por Le Breton (1999) y Ahmed (2015). De este diálogo surgen algunas tesis de importancia para todo aquel que busque mirar la soledad desde una perspectiva socio-antropológica que tenga en cuenta aspectos tanto estructurales como culturales. La primera, y que articula de fondo el libro, es la idea de que la soledad no es universal. Frente a las tesis evolutivo-genéticas o existencialistas que afirman la universalidad de la soledad, Bound Alberti reivindica su historicidad, su politización, su fluidez, diversidad y mutabilidad. La autora trata la soledad como un artefacto histórico producido en la interacción entre la historia y condiciones socio-culturales y la experiencia individual del sujeto. Aunque esta separación tajante, como más tarde veremos, es problemática, permite a Bound Alberti reconocer la centralidad de lo político, lo económico y lo cultural en la producción de la soledad como experiencia históricamente situada. Atendiendo a esta cuestión, pero también

a los diferentes momentos vividos y experimentados por el sujeto en el ciclo vital, se afirma la polisemia experiencial de la noción de soledad que pasa a no ser un ente clara y universalmente definido, sino una experiencia que muta históricamente y según la biografía del sujeto, una experiencia, además, que no es inevitable sino resultante de procesos históricos concretos.

La autora, desde una perspectiva anglosajona, sitúa el momento histórico de la producción moderna de la soledad en torno al año 1800, cuando en occidente se dan toda una serie de cambios multidimensionales que generan un tránsito desde la experiencia nombrada como “*oneliness*” o “*solitude*” (traducido al castellano como intimidad y soledad), que sería la experiencia holista del estar físicamente solo y que no implica necesariamente una valoración emocional negativa, a la experiencia vivida y nombrada como “*loneliness*” (soledad, en castellano) que implica una separación entre el sujeto y su mundo social, sentida psíquica o psicológicamente como profundamente negativa. La industrialización, los nuevos procesos urbanos, el mercantilismo capitalista, la devaluación del trabajo de cuidados, la secularización, el individualismo y la aparición conceptual performativizada de la sociedad civil, las teorías evolutivas, el surgimiento de las ciencias de la mente y la consiguiente fragmentación cartesiana mente-cuerpo, así como las teorías de la alienación, posibilitaron, según Bound Alberti, una percepción de la experiencia, sentida como negativa, de separación y aislamiento social, previamente inconcebible.

Así pues, la soledad no es universal y natural, sino que está históricamente situada en el contexto de la modernidad capitalista, patriarcal y colonial y, por tanto, es sociocultural y estructuralmente producida, lo que implica su diversidad y especificidad según su arraigo espaciotemporal. De la misma forma, y ateniendo a esa intersección entre la historia social y la trayectoria del sujeto concreto, Bound Alberti afirma que la soledad tiene una biografía, es decir, que es variable y diferencial en la propia experiencia del sujeto. Puede mutar y ser ambivalente, no solo históricamente, sino también según la construcción de dicho sujeto o incluso a lo largo de la vida de este: no es similar la soledad que puede experimentarse desde la masculinidad o desde la feminidad, desde las diferencias de clase, de racialización..., pero tampoco es la misma experiencia de posible soledad la que puede sentirse en la viudedad y la que se puede sentir en algunos momentos de la adolescencia. Es así como esta idea central que recorre el grueso del libro –la

no universalidad de la soledad— legítima como necesario el estudio etnográfico y situado de la soledad no deseada, en tanto que afecto sociocultural y estructuralmente construido o producido, y variable y diverso según las características concretas del sujeto, su trayectoria y el momento histórico que habita.

El reconocimiento de la historicidad y situacionalidad de la soledad, así como su vinculación al surgimiento del sistema capitalista-patriarcal-colonial, no agotan la riqueza del texto en cuanto a las posibilidades que encierra para el desarrollo de una antropología de la soledad. Al menos dos cuestiones más han de ser resaltadas. En primer lugar, la idea desarrollada por Bound Alberti de que la soledad no es en sí un estado emocional, sino que, por el contrario, se trata de un cúmulo de emociones que engloba o condensa, según el caso concreto, afectos como pueden ser la tristeza, los celos, la ira, el resentimiento o incluso la paz. Este cúmulo emocional, nos dice la autora, no tiene por qué ser totalmente coherente en su seno, sino que, por el contrario, puede representar una ambivalencia. Dicha ambivalencia nos conduce a otra de esas ideas relevantes de cara al desarrollo de una posible antropología de la soledad que surgen de la lectura de Bound Alberti, la cuestión de que la soledad no tiene por qué ser esencialmente negativa, sino que, según el contexto, sus características y las del sujeto que convive con ella, puede ser experimentada como positiva o incluso curativa y “empoderante”. De nuevo, aquí, un estudio etnográfico de la soledad que sea capaz de cartografiar los diferentes sentidos que la soledad toma según la posición socio-material del sujeto, surge como una tarea pendiente y necesaria para comprender la complejidad que encierra dicho fenómeno. Por último, Bound Alberti nos recuerda, abordando un sesgo histórico de nuestra disciplina, que la soledad como artefacto sociocultural y cúmulo emocional no es simplemente una cuestión mental y discursiva, sino que cuenta con un correlato tanto en lo material como en lo corporal que le es constituyente. La soledad, desde aquí y frente a los discursos psicologistas con su centro en los procesos cognitivos y mentales, sería un cúmulo afectivo encarnado, un ensamblaje corporal e intersubjetivo que sintetiza lo simbólico-lingüístico y lo corpóreo-material, y para el que la cultura material, en tanto que elemento de sentido y significación colectiva, es de suma importancia. Esta última cuestión, además de relevancia teórica, puede contener en su seno importantes aprendizajes metodológicos que sirvan como entrada a la identificación y comprensión de una realidad que, de otra forma, queda tantas veces silenciada e invisibilizada.

Así pues, no hay duda de que estamos ante un texto de relevancia para sembrar las condiciones de posibilidad de una antropología de la soledad que, si bien cuenta ya con ciertas aportaciones como las de Ozawa-de Silva y Parsons (2020), no ha logrado, hasta ahora, despegarse de las ideas fuertes de un cognitivismo con matices socioculturales, algo que en ciertos momentos Bound Alberti también parece arrastrar. Sin embargo, el reconocimiento de la importancia de este texto no excluye algunos matices o discusiones que se pueden abrir a raíz de la lectura del mismo.

Quizás el comentario más evidente que se le pueda hacer a esta biografía de la soledad sea su especificidad para con el contexto británico, algo que la autora, desde la “situacionalidad” y honestidad del conocimiento, reconoce. No obstante, algunas de las tesis fuertes de Bound Alberti quedan relativizadas por esta especificidad. Esto es claro en lo referente a la ya comentada transición en torno al año 1800 de la experiencia y la noción de *oneliness-solitude* (traducidos en la edición en castellano como “intimidad” y “solitud”) a la de *loneliness* (“soledad”, en la edición de Alianza), cuestión que la historiadora sitúa como el surgimiento de la experiencia moderna de la soledad en tanto que sentimiento negativo de separación respecto a lo social. Al lector o investigador castellanoparlante esta transición le parecerá artificial y algo simplista en tanto que la noción de “soledad” ya se encuentra en el castellano y es un motivo recurrente de la literatura del Siglo XVI (Vossler, 2000). La historia de la soledad en castellano es más compleja y ambivalente de lo que Bound Alberti refleja. Si bien es cierto que los significados de la noción parecen variar en el tiempo en un sentido similar a lo narrado por Bound Alberdi en el caso británico, no menos cierto es que en la noción castellana de soledad, como dice Rico Moreno (2014:40), “las significaciones de tal emoción no dan lugar a una secuencia o historia lineal; algunas suelen coexistir en la misma época, o bien, dejan de percibirse o cobrar notoriedad en una para luego reaparecer en otra.” Al igual que hoy, “soledad” históricamente ha sido en castellano un concepto experiencial sometido a la ambivalencia y que, si bien, como menciona Bound Alberdi, era eminentemente positivo, un mecanismo de reflexión y creación, ya cultivaba tentativas cercanas a la noción y experiencia, generalizada en el Siglo XIX, de la separación entre el sujeto y su mundo social que podían ser significadas como negativas. Este comentario desde la historia de la noción castellana de soledad parece ser coherente con la crítica que Eagleton realiza a Bound Alberti por su simplificación del proceso histórico de producción del individualismo ligado al capitalismo y, por tanto, de la noción moderna de soledad. Este proceso no es lineal y localizable concretamente en 1800, sino que, por el contrario, es un proceso mucho más complejo que requiere un seguimiento más matizado de su amplitud, tensiones y repliegues que permita una comprensión más rica e históricamente situada del concepto y experiencia actual de soledad. Realizar este análisis más cuidadoso, probablemente, pasa por examinar, no solo las construcciones categoriales e ideológicas que dan forma a este desarrollo, sino también los procesos materiales y estructurales que interactúan con lo cultural y, muchas veces, lo posibilitan. Este holismo que analiza el hecho sociohistórico como un fenómeno surgido de la interacción entre lo material y lo cultural y constituido por ambos niveles de análisis, es algo que se echa en falta en muchos momentos del texto y que podría esclarecer los procesos concretos que producen soledad hoy en día, así como avanzar hacia acciones que puedan hacerla frente cuando es una experiencia perniciosa y dañina.

Otra de las posibles críticas que se vislumbran en el texto de Bound Alberti es la persistencia de la fractura ontológica entre lo individual o personal y lo social, y esto a pesar de ser reconocida como resultado histórico que se encuentra en el centro de la formación de la noción moderna de la soledad. Más allá de la discusión teórica que puede provocar en términos filosóficos, esta divergencia con Ahmed supone una antinomia en el caso concreto de la soledad: ¿es posible comprenderla en su complejidad sin problematizar los conceptos y marcos categóricos que históricamente la sustentan y de los que ha surgido?

Esta es una de las principales cuestiones a las que habrá de enfrentarse una antropología que quiera analizar el creciente problema de la soledad desde una mirada propia de las ciencias sociales que sortee el omnipresente psicologismo. Sin embargo, no es, ni mucho menos, la

única interrogación que surge en un campo que se abre a cada paso como complejo, pero sumamente sugerente y vigente en un momento histórico en el que el malestar emocional comienza a ser un rasgo distintivo de nuestras sociedades. La cuestión metodológica es acuciante, al igual que lo es comenzar a generar un corpus de estudios etnográficos que ayuden a comprender la soledad desde lo concreto y la “situacionalidad”, pero también desde el holismo. En este contexto, en esta etapa exploratoria y experimental que emprende la antropología *Una biografía de la soledad*, con sus errores y sus aciertos, con sus grandes ideas teóricas y con sus pequeñas viñetas cuasi-etnográficas, se levanta como una invitación que nos sitúa ante la posibilidad de comenzar a pensar, ante la posibilidad de comenzar a avanzar hacia una antropología de la soledad.

Bibliografía

- Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. Ciudad de México: UNAM.
- Eagleton, Terry (2020). “A History of Solitude by David Vincent; A Biography of Loneliness by Fay Bound Alberti – review”, *The Guardian*, 19 de marzo. Disponible en: <https://www.theguardian.com/books/2020/mar/19/history-solitude-david-vincent-biography-loneliness-fay-bound-alberti-review> [Consulta: 1-4-2022]
- Hertz, Noreena (2021). *El siglo de la soledad. Recuperar los vínculos humanos en un mundo dividido*. Barcelona: Paidós.
- Le Breton, David (1999). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Moscoso, Melania; Ausín, Txetxu (eds.) (2021). *Soledades. Una cartografía para nuestro tiempo*. Madrid: Plaza y Valdés.
- Murthy, Vivek H. (2021). *Juntos. El poder de la conexión humana*. Barcelona: Crítica.
- Ozawa-de Silva, Chikako; Parsons, Michelle, A. (2020). “Toward an anthropology of loneliness”. *Transcultural Psychiatry*, 57(5): 613-622. DOI: <https://doi.org/10.1177/1363461520961627>
- Rico Moreno, Javier (2014). “Hacia una historia de la soledad”. *Historia y grafía*, 42: 35-63. DOI: <https://doi.org/10.48102/hyg.vi42.64>
- Vossler, Karl (2000). *La soledad en la poesía española*. Madrid: Visor Libros.

Óscar Barrio Formoso
Departamento de Antropología social y psicología social (UCM)
Grupo de Investigación Bakarzain: Soledad no deseada y cuidados.
obarrio@ucm.es